

prosa narrativa española de este siglo. *Trece dioses* es un auténtico acontecimiento para el estudio de las letras españolas que rotulamos bajo el marbete de modernismo.

Adolfo Sotelo Vázquez

La añoranza de la colonia *

Creo que es obligado hablar, y hablar bien aunque con alguna reserva, de *Los pecados de Inés de Hinojosa*, aparecida en Bogotá bajo la rúbrica editorial de Plaza y Janés y la firma de Próspero Morales Pradilla, porque es novela que en principio presenta una rara virtud: la de interesar por igual a hispanoamericanos y a españoles, tanto monta, a través del mundo que revela, obligando a unos y a otros a reflexionar sobre los orígenes de la colonización de América por parte de España.

Que el simple lenguaje, por sernos común, aproxima y hermana a las literaturas escritas en español y hace de formidable vehículo de comunicación entre nuestros pueblos,

es verdad que no por obvia y repetida debe de ser subestimada. Antes al contrario, estimo que dicha verdad debe de ser proclamada cuantas veces se presente la ocasión. Porque además, gracias al lenguaje utilizado por los escritores latinoamericanos, se produce el saludable fenómeno del feliz reencuentro de muchos españoles con su propia lengua, medio olvidada a veces cuando no desfigurada por toda una serie de galicismos y de anglicismos, que han hecho que el idioma haya ido perdiendo entre nosotros su prístina frescura y el profundo significado para el que fue dispuesto. Resulta curioso y altamente gratificante encontrarse hoy con toda una serie de palabras caídas en desuso, encerradas bajo llave dentro del baúl de los arcaísmos, al no haber sido utilizadas con propiedad entre nosotros y haber sido desterradas de nuestro lenguaje vivo y coloquial, las cuales nos llegan a través de esas literaturas plenas de expresividad y plasticidad. Es realmente emocionante encontrar, por ejemplo, palabras empleadas por Bernal Díaz del Castillo en pleno siglo XVI incorporadas a textos mexicanos actuales, como lo es también toparse con términos usados por Cieza de León y el Inca Garcilaso en muchas páginas contemporáneas de la literatura peruana. Porque en ambos casos, y en muchos más que podrían traerse a colación, los escritores de esos países están utilizando como vivo un idioma que se nos murió o que dejamos morir los españoles, idioma éste que empezamos a recobrar y a reconocer como íntimamente nuestro

Pero no son sólo razones lexicográficas las que hacen de *Los pecados de Inés de Hinojosa* que se nos presente como novela próxima y entrañable. Porque, por si no fuera bastante, a lo largo de sus casi 600 páginas se nos propone la reconstrucción de lo que bien pudo ser la vida de la colonia en el siglo XVI dentro del Nuevo Reino de Granada. Esa propuesta me parece del mayor interés, porque no hay español o hispanoamericano que se precie que no se haya preguntado alguna vez por los orígenes y las formas primarias de la vida social en el principio del asentamiento de las ciudades americanas. Además ese intento de reconstrucción, que nos propone Próspero Morales Pradilla, se nos aparece bastante verosímil en razón de que descansa, se basa y fundamenta en la vida cotidiana de unos personajes típicos y concretos, algunos de los cuales viven como inmersos y en función de la añoranza.

Que yo sepa no se ha destacado lo bastante la importancia capital del sentimiento de añoranza en los exilios que han venido produciéndose en la historia. Y, sin embargo, tales exilios han sido humanamente posibles porque se han

* Próspero Morales Pradilla: *Los pecados de Inés de Hinojosa*, Plaza & Janés Editores Colombia Ltd., 588 pp.

venido alimentando de añoranza. El hombre es, desde luego, un ser añorante por naturaleza: añora el tiempo pasado y aún osa afirmar que siempre fue mejor; añora, también, los lugares en que estuvo y las costumbres y hábitos perdidos. Porque, en definitiva, lo que el hombre añora no es sino su propia vida a medida que se le va desvaneciendo. El desarraigo del hombre es metafísicamente imposible. Siempre y en todo caso el ser desarraigado recuerda y añora la vida pasada junto a los lugares en que ésta se desarrolló. Porque es en ese recuerdo y en esa añoranza en los que encuentra la fuerza que le va a permitir sobrellevar el extrañamiento que le produce la nueva sociedad a la que tiene que integrarse. Hasta tal punto es así que incluso ese recuerdo añorante se mantiene vivo a través de compañías afines y aún de la institucionalización de centros y de clubes dentro de los que, desde la comida al habla, se intenta mantener a todo trance el recuerdo.

El tema de la comida, aunque pueda parecer baladí, es de especial relevancia. Recuerdo que en mis viajes por Hispanoamérica muchos amigos de la diáspora parecían a veces más interesados por si seguía el cocido madrileño de Lhardy que por las últimas noticias de los avatares del franquismo. Y, durante esos viajes, conocí a un exiliado —de ojos azules, acuosos, como añorantes—, Don Miguel por más señas, que preparó una paella en una hermosa playa de Santo Domingo, paella en la que se suplía la falta de algunos ingredientes con su mucho de añoranza. Y, al probarla, comprendí que era la añoranza la que le daba el último punto y el exquisito sabor. Muchas veces me he preguntado por lo que podía haber detrás de algunos platos criollos. Y después de probarlos caía en la cuenta de que lo que estaba detrás de ellos era el inasible humo de la añoranza. El ajiaco y el puchero santafereños o el mondongo —por referirme a tres platos típicamente colombianos— nos retrotraen al momento en que los principios de la colonia alguien quiso cocinar un cocido madrileño, una olla podrida o unos callos, y, después de muchos y diversos intentos, acabó empleando los ingredientes más parecidos de entre los que tenía a mano. Con lo que, añadida la sempiterna añoranza, casi sin darse cuenta procedió a fundar las bases de otra cocina, la criolla, si distinta de la española tan sabrosa como la que trataba de reinventar.

Con todo esto, y sin querer, me he desviado del tema principal, aunque no tanto como pudiera parecer a simple vista. Porque los personajes de *Los pecados de Inés de Hinojosa*, en cuanto españoles de las primeras hornadas, son, por lo general, seres añorantes que tratan por todos los me-

dios de repetir la misma vida que vivían en la metrópoli. Las mismas formas, los mismos prejuicios y represiones les acompañan en sus recién fundadas ciudades. La presencia de la Iglesia y del clero, el peso político de los Cabildos y la omnipotencia de las Reales Audiencias conforman la vida social de las ciudades nacientes. Pero con un ingrediente nuevo que va abriéndose paso poco a poco, gradualmente, y va relajando las encorsetadas y codificadas normas de conducta importadas de España. Me estoy refiriendo a un sentido más abierto y libre de la existencia, relacionado sobre todo con la sexualidad. Ese nuevo ingrediente se origina acaso a resultas de que los españoles recién llegados a esas tierras se las tienen que ver con un clima más caliente, con un paisaje lujurioso y cachondo, con la contemplación continua de la libertad natural de los indios, sin olvidar tampoco en este recuento las tardías aunque puntuales noticias llegadas de la Corte y de Europa donde va progresando una nueva mentalidad de carácter renacentista. Lo cierto es que todo ello confluye e influye decisivamente en el comportamiento de muchos españoles, los cuales van integrándose inconscientemente a las nuevas condiciones de vida impuestas por su nuevo «habitat». Con lo que, casi sin proponérselo, van avanzando en el camino de la conquista de mayores cuotas de libertad, a pesar, claro es, de la represión a que se ven sometidos por el poder entre medieval y teocrático de las instituciones de la Corona.

Es ésta, a mi modo de ver, la lectura más interesante que propone la novela de Próspero Morales Pradilla, y es lástima que no haya acentuado este aspecto un poco más. Como es también lástima que no haya profundizado en las condiciones de explotación de los indios por parte de los encomenderos y no haya tampoco desentrañado el sentimiento de pasividad de aquéllos y la enajenación y ensimismamiento en que viven postrados. La vida de las encomiendas no llega a alcanzar, por defecto, la relevancia a que debía de ser acreedora.

En cualquier caso, y volviendo a esa vida cotidiana social desarrollada en las primeras ciudades, se advierte cómo ha sido rastreada e investigada a través de crónicas, actas y otros escritos de la época, lo que hace que le confiera cierta verosimilitud a la reconstrucción llevada a cabo. La utilización de fuentes para esa reconstrucción planteaba un espinoso e inminente peligro, pues tales fuentes podían haberse ejercido en detrimento de los valores propios del arte de novelar. A mayor gloria de la novela comentada, cabe decir que tal riesgo no se ha cumplido. Por-

que, y debo decirlo en mérito de Próspero Morales Pradilla, *Los pecados de Inés de Hinojosa* es una novela-novela con todas las virtudes, y, si se me apura, con todos los defectos que ello implica, pues, *ex abundantia cordis* como cumple al género, el lector sigue, atento y atrapado, la azarosa vida de los personajes, se siente atraído por ellos y con ellos vive sus peripecias, identificándose y participando en el complicado y a veces sutil entramado de sus relaciones y pensamientos, de sus ambiciones y frustraciones y de sus más recónditos deseos. En este sentido es en el que debemos reclamar para Próspero Morales Pradilla la condición de novelista de gran aliento, que sabe crear personajes de ficción, sabe colocarlos dentro de paisajes habitados y de situaciones límite, y sabe, por último, relacionarlos entre sí y explicar sus más íntimos e inconfesables sentimientos. Y todo ello, por añadidura, dentro de cierta clave de humor y de ironía, que únicamente suele darse en los escritores de raza, a más de una sabia dosificación del tiempo y del ritmo narrativos.

Insisto de todos modos en que el paisaje social de Carora, de Pamplona y de Tunja —acaso también, aunque sea por reflejo, de Nueva Segovia y de Santa Fe—, ciudades todavía enclavadas en el incipiente reino de Nueva Granada, es lo mejor de la materia novelada. Porque se trata de un paisaje social poblado por seres que tratan de repetir desde la añoranza, las más de las veces grotescamente, la vida que llevaron y perdieron en otros ámbitos peninsulares, con la gran contradicción que ello presupone. Lo demás, incluso los propios pecados y ardores de Inés de Hinojosa expuestos con crudeza y quizás en exceso, serían simplemente la anécdota de esta interesante novela.

José María de Quinto



Un bel morir *

De la mano de Álvaro Mutis, Maqroll el Gaviero continúa su peregrinar por los abruptos caminos de la vida. Caminos que tienen su semejanza plástica con el escenario selvático donde se desarrolla parcialmente esta saga y que hace pensar en una pronunciada influencia en el autor por parte de José Eustasio Rivera, novelista colombiano, autor de *La Vorágine*.

Un bel morir es otra de las estaciones del Gaviero en la que espera lo que parece que nunca llegará, pues su destino es la búsqueda de lo imposible, sin precisar si esto es la felicidad o la contemplación ensimismada de la maravilla de la vida. Mutis trae al título la mitad de un verso de Petrarca: *Un bel morir tutta la vita onora* (un buen morir dignifica toda una vida). La muerte puede aparecer aquí como una redención, como un pago justo a lo que ha sido un trasegar angustioso por las enmarañadas corrientes de la vida. El Gaviero no es que salga al paso de la muerte de una forma suicida, sino que orgullosamente se pone a disposición para que sea aquella quien decida el paso final. Y como no tiene inconveniente en seguir viviendo, Maqroll continúa usufructuando a la vida lo mejor que puede darle. Liberado de la persecución del dinero y de otras ataduras materiales, entretiene su ocio con las lecturas de la vida de San Francisco de Asís en francés; también las cartas del príncipe de Ligne.

Todo sucede en una población a orillas de un río, supuestamente en las selvas peruanas o colombianas, La Plata, cuyas casas están sobre la corriente, siempre a expensas de una riada que acabe con lo que es algo más que una aldea. Posee un puesto militar, una cantina, un atracadero y una fonda o pensión, a donde va a parar Maqroll. El negocio es regentado por una ciega, personaje singular que

* Álvaro Mutis: *Un bel morir*, Editorial Mondadori, Madrid 1989.